

Apologistas de la manera y de la apariencia

Claudia RUIZ

Universidad Nacional Autónoma de México

Apunta Gracián en *El oráculo manual y arte de prudencia*: “Las cosas no pasan por lo que son, sino por lo que se parecen; son raros los que miran por dentro y muchos los que se pagan de lo aparente. No basta tener razón con cara de malicia”.

Esta reflexión graciana que opone los términos “ser” y “parecer” está presente en toda una tradición de moralistas que, como señala Vladimir Jankelevich,¹ viene de la ética ciceroniana, la que a su vez es heredera directa del platonismo, donde la Idea se encuentra en el centro y en la periferia aparece la materialización o realización más o menos fiel de aquélla. Dentro de todo un árbol genealógico de moralistas que asimila el pensamiento de Platón y lo replantea, cabría detenerse en dos figuras capitales que anteceden a Gracián y cuya correspondencia no podría pasar inadvertida: Maquiavelo y Montaigne. La diferencia cronológica de estos autores respecto a Gracián es considerable, sin embargo, los tres vivirán dentro del periodo relativamente extenso en que se ha encuadrado la configuración de la mentalidad europea moderna.

En primer lugar quisiéramos detenernos en Maquiavelo, porque la huella de éste en España es mucho más profunda de lo que parece a simple vista. Toda una corriente de empirismo, “de apelación no a lo que *debe* ser sino a lo que *puede* ser”,² de frecuentes referencias a la prudencia (término que aparecerá constantemente en Gracián), se desarrolla en todo el territorio español influida por Maquiavelo. La razón de su enorme difusión se debe a que, mientras que la obra de Maquiavelo apareció incluida en *El índice romano* de Pablo IV en 1559, en España la política autónoma de su Inquisición y la indiferencia de algunos inquisidores, así como los privilegios reales, permitieron que las obras

¹ Vladimir JANKELEVICH, *Le je ne sais quoi et le presque rien. La manière et l'occasion*, p. 14. Jankelevich insistirá en señalar en este texto que todo ocurre como si el hombre moderno descubriera el maquiavelismo latente del platonismo.

² Ricardo GARCÍA CÁRCEL, *Las culturas del Siglo de Oro*, p. 74.

del florentino circularan durante un periodo mucho más amplio, antes de que apareciera la prohibición oficial entre “1583-1594 en el *Índice* del Cardenal Quiroga”.³ Antonio Maravall afirma que “desde la denuncia formulada por el cardenal inglés R. Pole sobre las obras de Maquiavelo [resultó] inevitable la posterior condena por la Santa Sede, que decretó la inclusión del autor italiano en el *Index librorum prohibitorum* de Pablo IV...”⁴ A partir de ese momento comienza a desarrollarse un antimaquiavelismo en España muy similar al que se produce en Inglaterra y Francia. La figura más representativa del antimaquiavelismo español es el P. Rivadeneyra, quien en su *Tratado de la religión y virtudes del príncipe cristiano* señala:

Nicolás Maquiavelo fue hombre que se dio mucho al estudio de la policía⁵ y gobierno de la república y de aquella que comúnmente llaman razón de Estado. Escribió algunos libros en que enseña esta razón de estado y forma un príncipe valeroso y magnánimo, y le da los preceptos y avisos que debe guardar para conservar y amplificar sus estados. Pero, como él era hombre impío y sin Dios, así su doctrina (como agua derivada de fuente inficionada) es turbia y ponzoñosa, y propia para atosicar a los que bebieren della. Porque, tomando por fundamento que el blanco al que siempre debe mirar el príncipe es la conservación de su estado, y que para este fin se ha de servir de cualquiera medios, malos o buenos, justos o injustos, que le puedan aprovechar, pone entre estos medios el de nuestra santa religión, y enseña que el príncipe que no debe tener más cuenta con ella de lo que conviene a su estado, y que para conservarle, debe algunas veces mostrarse piadoso aunque no lo sea.⁶

Extraña paradoja de este jesuita que escribió la vida de san Ignacio de Loyola, pues todos aquellos que han estudiado a fondo el espíritu que anima a la Compañía de Jesús, han coincidido en aceptar que hay una estrecha vinculación entre las propuestas planteadas por Nicolás Maquiavelo, sobre todo en *El príncipe*, y múltiples textos escritos por jesuitas, comenzando por su fundador, Ignacio de Loyola, quien inculcó a sus discípulos el respeto de las leyes divinas, pero, ante todo, la defensa y la protección de la libertad y medio humanos.⁷ Por ello, se ha insistido en asociar a los jesuitas con la postura del

³ Elena CANTARINO, “Gracián y la moral política, senequismo y tacitismo”, p. 195.

⁴ José Antonio MARAVALL, “Maquiavelo y maquiavelismo en España, p. 65.

⁵ Policía en el sentido de política.

⁶ Pedro de RIVADENEYRA, *Tratado de la religión y virtudes del príncipe cristiano*, p. 386.

⁷ Otro de los jesuitas que atacó ferozmente a Maquiavelo haciéndolo responsable de todos los males que aquejaban al siglo fue el P. Antonio Possevino. Le Brun hace notar

camaleón. La lista de ejemplos de la estrategia camaleónica adoptada por jesuitas a lo largo de la historia es interminable, por lo que solamente haremos mención del caso célebre de los jesuitas Ricci y Ruggieri.

Cuenta Woodrow⁸ que, ante la xenofobia china que encontraron las misiones jesuitas en este territorio, Ricci buscó cuál sería el medio más eficaz para ser aceptado sin reservas. Se vistió con el traje que usaba la gente letrada, se calzó con zapatos de seda bordada y dejó crecer su cabello con el fin de poder trenzarlo. Así, junto con Ruggieri, obtuvo el permiso oficial para residir en la provincia de Chao-Ching, cerca de Cantón. Actuando con mucha prudencia ganaron poco a poco la simpatía y aceptación de los habitantes de la región mencionada. Se les autorizó construir una iglesia cristiana y se les ofreció una habitación al interior de la *Muralla rosa*, espacio exclusivo para altos funcionarios. Ya Pascal en sus *Provinciales* había hecho mención a esta conducta típica de los jesuitas llamándola *obligeante y accommodante*, y al referirse a lo que pasó con las misiones jesuitas en Oriente advierte:

[...] Quand ils [les jésuites] se trouvent en des pays où un Dieu crucifié passe pour folie, ils suppriment le scandale de la croix et ne prêchent que Jésus-Christ glorieux, et non pas Jésus-Christ souffrant: comme ils ont fait dans les Indes et dans la Chine, où ils ont permis aux chretiens l'idolatrie même, par cette subtile invention, de leur faire cacher sous leurs habits une image de Jésus-Christ, à laquelle ils leur enseignent de rapporter mentalement les adorations publiques qu'ils rendent à l'idole Cachin-Choan et à leur Keunfucum.⁹

Este principio de adaptación a las circunstancias que asumirán sin reservas los jesuitas ha estado siempre asociado al término “maquiavelismo” que da a entender una manera de pensar y de actuar que, rechazando cualquier escrúpulo, se inspira en la astucia y la perfidia. Los estudiosos de Maquiavelo se reve-

que uno de los pocos defensores de Maquiavelo en esa época fue el escritor y erudito convertido Kaspar Schoppe, quien al mismo tiempo fue uno de los adversarios más encarnizados de los jesuitas que haya conocido la historia de la Compañía de Jesús. (*La Nouvelle Histoire de l'Église. La Contre-réforme*. p. 351.)

⁸ Alain WOODROW, *Les jésuites*, p. 83.

⁹ Blaise Pascal, *Oeuvres complètes*, carta V, p. 388, Trad.: “[...] Cuando [los jesuitas] se encuentran en países en donde se considera una locura un Dios crucificado suprimen el escándalo de la cruz y solamente predicán Jesucristo glorificado y no Jesucristo en agonia: como lo hicieron en las Indias y en China, donde incluso permitieron la idolatría a los cristianos por medio de una sutil invención, haciéndoles esconder bajo sus vestidos una imagen de Jesucristo, a la que les enseñaban a relacionar mentalmente con las adoraciones públicas que tributaban al ídolo Cachin-Choan y a Keunfucum”.

lan contra esta postura, pues como señala Gautier-Vignal¹⁰ esto equivale a no concer a fondo a Maquiavelo, ya que sólo se encuentra en *El príncipe* una docena de frases que establecieron lo que ha dado por llamarse el maquiavelismo, por ejemplo:

—Para dominar con seguridad un Estado recientemente conquistado, basta con haber extinguido la dinastía de sus antiguos príncipes (cap. III).

—No hay que olvidar que es necesario ganarse a los hombres o deshacerse de ellos (cap. III).

—Es menester, pues, que el que toma un Estado haga atención en los actos de rigor que le es preciso hacer, a ejercerlos todos de una sola vez e inmediatamente a fin de no estar obligado a volver a ellos todos los días (cap. VIII).

—Es, pues, necesario que un príncipe que desea mantenerse aprenda a poder no ser bueno, y a servirse o no servirse de esta facultad según que las circunstancias lo exijan (cap. XV).¹¹

Estas propuestas de una nueva moral son el producto de la idea que Maquiavelo se forjó del hombre estando en la Corte. A lo largo de *El príncipe* afirma que todos los hombres en cualquier momento de la historia de la humanidad han sido desagradecidos, cambiantes, simuladores y disimulados, huidizos en los peligros y ávidos de privilegios. Quentin Skinner señala que algunos de los primeros críticos de Maquiavelo, como Francis Bacon, fueron capaces de reconocer que estaban “muy en deuda con [él] y otros, por decir lo que los hombres hacen y no lo que deben hacer”.¹² Sin embargo, el mismo Skinner agrega que la mayoría de los lectores de *El príncipe* quedaron tan impresionados por sus puntos de vista que lo denunciaron simplemente como una invención del diablo, calificando a Maquiavelo como a un “maestro del mal”. Varios

¹⁰ Véase Louis GAUTIER-VIGNAL, *Maquiavelo*.

¹¹ Dice Klaus Heger que sería prematuro hablar de un “maquiavelismo” en Gracián, pues por un lado se tendría que resolver el problema de hasta qué punto se puede indentificar a Maquiavelo con lo que habitualmente se entiende por “maquiavelismo”. Sobre todo, no debemos pasar por alto que lo que quizás en Maquiavelo significa una actitud fundamental forma en Gracián una de sus muchas perspectivas funcionales, y por ello está sometido, dentro de su perspectivismo, a la relativización por otras perspectivas. (Baltasar Gracián, *estilo y doctrina*, p. 143.)

¹² Quentin SKINNER, *Maquiavelo*, p. 110.

postulados referentes a la perversidad de la naturaleza humana en Maquiavelo están presentes en toda la tradición religiosa de Occidente. San Agustín, por ejemplo, en varios pasajes de *La ciudad de Dios*, hace mención constantemente a los recursos utilizados por el hombre movido siempre por intereses perversos. Insiste en señalar y reconocer que para actuar como debería ser, sería preciso que el hombre estuviera hecho como debió serlo antes de la Caída. Maquiavelo, sin lamentarse, como sí lo hacen muchos moralistas que lo preceden, acepta esta mutación o imperfección en la naturaleza humana y asumiéndola erigirá lo que se ha dado por llamar “la nueva propuesta moral de Maquiavelo”. Así, en el capítulo xv de *El príncipe*, nos dice:

Siendo mi fin escribir una cosa útil para quien la comprende, he tenido por más conducente seguir, la verdad real de la materia que los desvaríos de la imaginación en lo relativo a ella; porque muchos imaginaron repúblicas y principados que no se vieron ni existieron nunca. Hay tanta distancia entre saber cómo viven los hombres y saber cómo deberían vivir ellos que el que, para gobernarlos, abandona el estudio de lo que se hace para estudiar lo que sería más conveniente hacerse aprende más bien lo que debe obrar su ruina que lo que debe preservarle de ella...¹³

La experiencia política y la conciencia individual quedan así aisladas. Los actos humanos se justificarán por su ajuste a la situación de la realidad y no a contenidos de normas éticas. Esta idea aparecerá reformulada, con algunas variantes, en algunos textos de autores jesuitas, Gracián entre ellos, ya que, como señala Batllori, a muchos de los antimachiavelistas españoles, sobre todo los eclesiásticos y jesuitas, Gracián los conocerá antes de llegar a Huesca. Razón que lo empujará a escribir inmediatamente después *El héroe*. Sin embargo, la mayoría de la terminología que está presente en el texto de Gracián parecería extraída o inspirada de *El príncipe*. Así dice Gracián al inicio del texto mencionado:

Yo copiando algunos primores de tan grandes maestros, intento bostquejarle héroe y universalmente prodigio. Para esto forjé este espejo manual de cristales ajenos y de yerros míos. Tal vez te lisonjeará y te avisará tal vez; tal vez en él verás o lo que ya eres o lo que deberás ser.

¹³ También Quevedo, en un pasaje que pertenece al *Discurso de todos los diablos o infierno emendado*, afirmará, al hacer una reflexión sobre reyes y tiranos: “No escribáis lo que había de ser que esa es doctrina del deseo; no lo que debía ser, que ésa es lición de la prudencia, sino lo que puede ser”, p. 256.

Aquí tendrás una no política, ni aún económica, sino una razón de estado de ti mismo, una brújula de marear a la excelencia, una arte de ser inclito con pocas reglas de discreción.

Escribo breve por tu mucho entender; corto por mi poco pensar.¹⁴

Gracián, al referirse a los grandes maestros que imita, menciona a Séneca, que hace de la prudencia la mayor virtud del príncipe; a Esopo, que pondera la sagacidad; a Homero la beligerancia; a Aristóteles la filosofía; a Tácito la política, y a El Conde, es decir a Castiglione, la cortesía. En ningún momento hace mención de la enorme deuda que tiene con Maquiavelo. Incluso parecería que su texto es, como lo advierte Batllori, “la proyección hacia un mundo ideal que no es el suyo”.¹⁵ Sin embargo, no se puede pasar por alto la extraña mezcla de propuestas de elevación moral y de treta o de artimaña —típicas de Maquiavelo— presentes a lo largo de todo el texto. Ejemplos de esta extraña combinación de consejos se encuentran desde el primer primor de *El héroe*, que abre el texto con estas palabras:

Que el héroe practique incomprehensibilidades del caudal. No revelar ante los otros el alcance de las propias cualidades. Sea ésta la primera destreza en el arte de entendidos: medir el lugar con su artificio. Excuse a todo el varón culto sondarle en fondo a su caudal, si quiere que le veneren todos. Formidable fue un río hasta que se le halló vado, y venerado un varón hasta que se le conoció término a la capacidad; porque ignorada y presumida profundidad siempre mantuvo con el recelo, el crédito [...] Oh varón candidato de la fama, tú que aspiras a la grandeza, alerta al primor: todos te conozcan, ninguno te abarque. Que con esta treta lo moderado parecerá mucho y lo mucho infinito, y lo infinito más.

Si a Maquiavelo se le acusó, y Rivadeneyra en primer lugar, de proponer al príncipe poseer virtudes fingidas y aparentar fe y devoción religiosa, Gracián en su *Héroe* fue mucho más cauto. Dejó pasar por alto la cuestión religiosa casi a lo largo de todo el texto y sólo dedicó el último primor de la obra para abordar el asunto religioso con relación al príncipe. Este último primor de *El héroe* se limita únicamente a reunir en forma de enlistado los nombres de monarcas que detentaron el poder sin olvidar que: “ser héroe del mundo, poco o nada es; serlo del cielo es mucho, a cuyo gran monarca sea la alabanza, sea la honra, sea la gloria”.

¹⁴ Baltasar GRACIÁN, *El héroe*, p. 329.

¹⁵ Miguel BATLLORI, *La vida alternante de Baltasar Gracián en la Compañía de Jesús*, p. 24.

Sin embargo, cuando abordó el tema de la Fortuna se plegó casi por completo a lo que Maquiavelo había afirmado en su texto. Dice este último en *El príncipe*:

No se me oculta que muchos creyeron y creen que la fortuna, es decir, Dios, gobierna de tal modo las cosas de este mundo que los hombres con su prudencia no pueden corregir lo que ellas tienen de adverso, y aun, que no hay remedio alguno que oponerles... Esta opinión no está acreditada en nuestro tiempo... Sin embargo, no estando anodado nuestro libre albedrío, juzgo que puede ser verdad que la fortuna sea el árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero también es cierto que ellas nos dejan gobernar la otra, o a lo menos siempre algunas partes.¹⁶

Gracián, por su parte, afirma en el sexto primor de *El héroe*:

Abarcar toda perfección sólo se concede al Primer Ser, que por no recibirlo de otro, no sufre limitaciones.

De las prendas, unas da el cielo, otras libra la industria; una ni dos no bastan a realzar un sujeto; cuanto destituyó el Cielo de las naturales, supla la diligencia en las adquisitas. Aquéllas son hijas del favor; éstas, de la loable industria, y no suelen ser las menos nobles.

El punto de vista de ambos coincide, pues tanto en uno como en otro se afirma que la mitad de nuestras acciones pueden quedar perfectamente bajo nuestro control más bien que bajo el dominio de la fortuna. Y cabría entonces insertar aquí las diferentes variables que se le pueden dar al término *Fortuna* para ver en qué medida el sentido que Maquiavelo tiene de éste coincide con la idea que Gracián se ha hecho del mismo. Dice Maravall que la voz *Fortuna* encierra múltiples matices, ya que para los antiguos equivale a una decisión de los dioses, ajena a los hombres, es decir, un hado; para el hombre de la Edad Media un acontecer que la providencia hace salir del orden regulado, a fin de hacer insondable y temibles los designios de Dios; para la mayoría de escritores del siglo XVI significa o bien la manera de manifestarse el desorden del mundo en crisis, desorden inherente por su desenvolvimiento, o, ya sea, como una fuerza natural que escapa a nuestro propio control. Maravall apunta que “en el siglo XVII se puede advertir la conversión de esa última concepción —que podemos llamar maquiavélica— en la idea de una marcha de las cosas de este mundo, no encuadrable ciertamente en un esquema racional, pero que el

¹⁶ Nicolás MAQUIAVELO, *El príncipe*, cap. XXV, p. 121.

hombre avisado puede afrontar con una estrategia llegando a conseguir resultados favorables...”¹⁷ Véase cómo Maquiavelo y Gracián se tocan, y no sólo ellos, sino todo el espíritu jesuita, ya que éste deslinda perfectamente las cosas que competen al reino de Dios y las que competen al reino de los hombres. Por ello, Gracián dice en *El oráculo manual*: “Hanse de procurar los medios humanos como si no hubiese divinos y los divinos como si no hubiese humanos”.¹⁸

En otra parte se hizo mención a la imposibilidad de etiquetar o clasificar de manera rigurosa las propuestas de Gracián, puesto que, como ya se había mencionado, sus planteamientos sorprenden, ya que abundan en éstos enormes contradicciones y, una vez más, Gracián nos desconcertará, pues, si en muchos puntos resulta imposible negar su estrecha vinculación con Maquiavelo, en otros refutará y criticará ferozmente los postulados del florentino. Así, en la décima crisis de *El criticón* afirma: “Vulgar desorden es entre los hombres hazer [de los] fines medios y de los medios hazer fines”,¹⁹ y en la crisis séptima que habla sobre la fuente de los engaños, Critilo llamará la atención a Andrenio, quien fácilmente se deja timar por un charlatán que encuentran en plena plaza. Dice Critilo:

Basta... que tú también te pagas de las burlas, no distinguiendo lo falso de lo verdadero. ¿Quién piensas tú que es este valiente embustero? Éste es un falso político llamado el Maquiavelo que quiere dar a beber sus falsos aforismos a los ignorantes. ¿No ves cómo ellos se los tragan, pareciéndoles muy plausibles y verdaderos? Y, bien examinados, no son otro que una confitada inmundicia de vicios y de pecados: razones no de Estado, sino de establo. Parece que tiene candidez en sus labios, pureza en su lengua, y arroja fuego infernal que abrasa las costumbres y quema las repúblicas. Aquellas que parecen cintas de sedas son las políticas leyes con que ata las manos a la virtud y las suelta al vicio; éste es el papel del libro que publica y el que masca, todo falsedad y apariencia, con que tiene embelesado a tantos y tontos. Créeme que aquí todo es engaño, mejor sería desenredarnos presto del.²⁰

Estas citas evidencian la imposibilidad de hablar de conceptos fijos en el pensamiento de Gracián, y esta forma de relativizar todos sus planteamientos nos obliga a pasar al segundo punto a tratar, es decir, su correspondencia con

¹⁷ J. A. MARAVALL, *La cultura del barroco*, p. 390.

¹⁸ B. GRACIÁN, *El oráculo manual y arte de prudencia*, p. 218, aforismo 251.

¹⁹ B. GRACIÁN, *El criticón*, I, 10, p. 205.

²⁰ *Ibid.*, pp. 165-166.

Michel de Montaigne. En Gracián, así como en el pensador francés, no hay jamás un significado último y estricto de las cosas. En Montaigne lo real es una mera ilusión de un mundo en perpetua mutación. En Gracián, y sobre todo en su obra *El criticón*, se puede afirmar que todo cuanto observan Critilo y Andrenio es una simple apariencia de algo distinto de lo que es, lo que nos lleva a pensar que todo lo que hay en este mundo se reduce a “nada”. Así, el ser se manifiesta por una confrontación con su antónimo la “nada” o el “no ser”. Por ello, Gracián señala en la séptima Crisi del libro III de *El criticón*: “[...] Todos son hijos del barro y nietos de la nada, hermanos de los gusanos, casados con la pudrición: que si hoy son flores, mañana estiércol, ayer maravillas y hoy sombras que aquí aparecen y allí desaparecen”. Gracián, ante esta problemática, asume, junto con Montaigne, una perspectiva o mirada múltiple, cada cosa puede verse de distinta manera dependiendo del ángulo por donde se mira: “Hace muy diferentes visos una cosa si se mira a diferentes luces... De allí procede que algunos en todo hallan el contento y otros el pesar”.²¹ “Miren juntos una misma cosa, no vea blanco el uno ni negro el otro”.²² El mundo se nos oculta detrás de su manifestación en transformación. Es por esto que Gracián dice en *El discreto*: “De qué sirviera la realidad sin la apariencia”.²³ El ser se reduciría a nada sin las diferentes maneras circunstanciales que lo rodean. Lo exterior es lo que nos hace conocer lo interior. Gracián, de acuerdo con Maquiavelo y Montaigne, nos muestra cómo la apariencia desborda por cualquier parte la realidad. Maquiavelo había dicho:

No es necesario que un príncipe posea todas las virtudes de que hemos hecho mención, pero conviene que él aparente poseerlas. Aún me atreveré a decir que si él las posee realmente, y las observa siempre, le son perniciosas a veces; en vez de que, aún cuando no las poseyera efectivamente, si aparenta poseerlas le son provechosas. Puedes parecer manso, fiel, humano, religioso, leal y aún serlo; pero es menester retener tu alma en tanto acuerdo con tu espíritu, que, en caso necesario, sepas variar de un modo contrario.²⁴

La apariencia se convierte en una especie de compensación contra el ser, pues gracias a ésta se accede al estado de la civilidad, que Gracián denomina “prudencia” y que es preferible que al de la lucha de todos contra todos. Claude Gilbert Dubois dice en su estudio *Le baroque. Profondeurs de l'apparence* que

²¹ B. GRACIÁN, *El oráculo manual...*, p. 212, aforismo 224.

²² B. GRACIÁN, *El criticón*, I, 9, p. 193.

²³ B. GRACIÁN, *El discreto*, p. 368.

²⁴ N. MAQUIAVELO, *op. cit.*, cap. XVIII.

al ser se le definió tradicionalmente a través de categorías estables. El triunfo de la inestabilidad, rasgo típico del periodo barroco, nos obliga a pensar que el universo se reduce a un juego de formas inconsistentes. También afirma:

[La] distinction entre l'être et le paraître alimentée par la philosophie platonicienne, [la] difficulté à atteindre l'être accompagnée d'une compensation dans le paraître, est à la base du choix existentiel et esthétique des baroques. Que sont les choses? Que sommes-nous? Des reflets, des masques, des images. Le baroque vit naturellement dans un monde d'illusion et de métamorphoses qu'il cultive; tout se dissout dans une danse —féerique ou fantastique— d'ombres et de mensonges.²⁵

Así, esta dificultad por intentar ceñir o delimitar al ser, se expresará, por ejemplo en Montaigne, a través de la obsesión por el movimiento, la metamorfosis, la ilusión o la muerte, pues dice “ je ne peints pas l'estre, je peints le passage; non un passage d'aage en autre, ou, comme dict le peuple, de sept en sept ans, mais de jour en jour, de minute en minute”.²⁶ Esta obsesión se acompaña por un gusto exacerbado del parecer que se convierte en una especie de compensación de la angustia y de la lucha contra la disgregación del ser. Se sabe que el arte barroco gusta de todo aquello que sea ostentación. Las fachadas de los edificios de este periodo son una prueba contundente del deleite por las apariencias. Por ello, Gracián, en *El discreto* y en *El criticón*, hará una apología de la ostentación diciendo: “El mismo Hacedor de todo lo creado, lo primero que atendió fue al alarde de todas las cosas, pues creó luego la luz, y con ella el lucimiento”; “Lo que no se ve es como si no fuese”; “Saber y saberlo mostrar es saber dos veces”; “Qué aprovecha ser una cosa relevante en sí, si no lo parece”; “Hay sujetos bizarros en quienes lo poco luce mucho, y lo mucho hasta admirar: hombres de ostentativa que, cuando se junta con la eminencia, forman un prodigio. Al contrario, hombres vimos eminentes que por faltarles este realce no parecieron la mitad”; “El saber es nada, si los demás no

²⁵ Claude Gilbert DUBOIS, *Le baroque. Profondeurs de l'apparence*, pp. 71-72. Trad.: “[La] distinción entre el ser y el parecer alimentada por el platonismo, [la] dificultad por ceñir el ser, acompañada por la compensación en el parecer, se encuentra en el fondo de la elección existencial y estética del barroco. ¿Qué son las cosas? ¿Qué somos? Reflejos, máscaras, imágenes. El barroco vive de manera natural en un mundo de ilusión y de metamorfosis que cultiva. Todo se disuelve en una danza mágica y fantástica de sombras y mentiras”.

²⁶ Véase Michel de MONTAIGNE, *Les Essais*. Trad.: “No pinto al ser, pinto el paso, no el paso de una edad a otra, o, como dice el pueblo, de cada siete años, sino de cada día, de cada minuto”.

saben que tú sabes”.²⁷ De todo esto se puede llegar a afirmar categóricamente que el “Ser” se manifiesta en sus diferentes “Modos de ser”, es decir, su apariencia, pues como dice Antonio Quirós: “Descartes y Spinoza definieron la sustancia como un arquetipo de lo real transido por el tiempo”,²⁸ y es precisamente esto lo que subraya el pensamiento de Montaigne y de Gracián. Dice este último: “dependen las cosas de muchas circunstancias”.²⁹

En otro momento dijimos que el hombre barroco se regocija ante el desciframiento del mundo y de las cosas que se le ofrecen como un espectáculo. Para llegar al fondo de las mismas y descifrarlas no basta una sola mirada porque todo cuanto aprehendemos del mundo está en constante cambio y, por ende, en proceso de degeneración. Así, Montaigne dice al final del capítulo XII del libro II de sus *Ensayos*:

[...] Et le jour d’hier meurt en celui du jourd’hui, et le jourd’hui mourra en celui de demain; et n’y a rien qui demeure ni que soit toujours un. [...] Ains, quant à l’estre tout un, change aussi l’estre simplement, devenant toujours autre d’un autre. Et par conséquent se trompent et mentent les sens de nature, prenant ce qui apparait pour ce qui est, à faute de bien savoir que c’est qui est...³⁰

Lo que más importa retener de Montaigne, que se vincula directamente con Gracián, es su nítida conciencia de que esta perpetua transformación de la realidad nos obliga a asumir una actitud diferente frente al ser y al cosmos. Montaigne dice que el hombre es “un sujet ondoyant et divers”,³¹ lo que equivale a decir que no se puede hablar de “El hombre” sino de hombres y por lo mismo resulta imposible aplicarle máximas universales. Gracián también coincidirá con esta idea afirmando: “Visto un león, están vistos todos, y vista una oveja, todas; pero visto un hombre no está visto sino uno y aun ése no bien conocido”.³² Montaigne, en sus *Ensayos*, afirma al mismo tiempo la imposibilidad de ser y de ser él mismo. El ser del hombre está en su hacerse. Pues como

²⁷ B. GRACIÁN, *El discreto*, pp. 113, 366, 368-370; *El criticón*, p. 337.

²⁸ Antonio QUIRÓS CASADO, “Estudio de algunos filosofemas en la obra de Baltasar Gracián”, en *Documentos A. Genealogía Científica de la Cultura*, núm. 5, p. 157.

²⁹ B. GRACIÁN, *El oráculo manual...*, p. 182, aforismo 107.

³⁰ M. de MONTAIGNE, *op. cit.*, p. 350. Trad.: “[...] Y el día de ayer muere en el de hoy, y el hoy morirá en el de mañana, y no hay nada que permanezca, ni que sea siempre uno el mismo... De esta manera, cambia el ser llegando a ser simplemente otro de otro. Y por consecuencia se engañan y mienten los sentidos de la naturaleza al tomar lo que parece por lo que es, a falta de saber con precisión qué es quién es”.

³¹ “un sujeto ondulante y diverso”.

³² B. GRACIÁN, *El criticón*, I, 11, p. 225.

apunta Gracián: “No se nace hecho... tardan otros en hacerse”.³³ Por ello, Quirós Casado dice que:

Cocreador de la realidad junto con Dios, el ser humano trastoca todo aquello con lo que se relaciona, a todo le da un sentido peculiar, una capa de tinte humano que recubre lo mostrenco, lo natural. El artificio, como herramienta del hombre para cocrear el mundo, afecta hasta la misma verdad, que ha de tomar las medidas de lo humano añadiendo lo aparente, propio del hombre, y lo substancial, propio de Dios.³⁴

Descomposición y reestructuración se leen en este fragmento, y estos dos puntos se convertirán en Gracián y en Montaigne en una idea recurrente. Ambos se preocupan por ofrecer al lector un arte o conjunto de reglas para, en el caso de Montaigne, gobernarse y conocerse aún sabiendo que “les hommes vont ainsin”³⁵ y que no se puede hacer nada pues “il n’ y a remède”.³⁶ En el caso de Gracián este arte de vivir será difícil de delimitar, ya que puede resumirse en un solo aforismo tipo: “Y es saber vivir convertir en placeres lo que habían de ser pesares”³⁷ o puede encontrarse disperso en varios aforismos con sentido opuesto. Lo que más importa para Gracián es la manera de este arte de vivir. Por ello nos dice en uno de sus aforismos de *El oráculo manual*: “Es esencial el método para saber y poder vivir”.³⁸ De allí que lo que tenga más valor sean las apariencias, el modo que el ser tiene de presentarse y de darse ante los demás, pues: “tanto se requiere de las cosas la circunstancia como la substancia” o bien “toda acción pide su sazón”.³⁹ Si la vida es un constante cambio, es inseguridad, es riesgo “ ‘el hombre peregrino del vivir’, tiene que emerger desde su cuidado (es decir, la exigencia de autenticidad, exigencia de ser hom-

³³ B. GRACIÁN, *El oráculo manual...*, p. 154, aforismo 6.

³⁴ A. QUIRÓS CASADO, *op. cit.*, p. 160.

³⁵ M. de MONTAIGNE, *op. cit.*, III, 9.

³⁶ *Ibid.*, III, 13. “Los hombres son así”... “no hay remedio en ello”.

³⁷ B. GRACIÁN, *El oráculo manual...*, p. 221, aforismo 259.

³⁸ *Ibid.*, p. 218, aforismo 249.

³⁹ B. GRACIÁN, *El discreto*, pp. 137 y 97. Por esto Vladimir Jankelevich hablará de una doble lectura en este proceso, pues si Dios ha creado la sustancia provista de circunstancias, así: “La manière renvoie à la substance qu’elle présuppose et qui la constitue; mais, en même temps, elle implique déjà en elle-même l’essentialité, et elle la fait exister complètement dans le temps que dans l’espace”. (V. JANKELEVICH, *op. cit.*, p. 55.)

Trad.: “La manera remite a la sustancia que presupone y que la constituye; pero, al mismo tiempo, implica ya en sí misma la esencialidad y la hace existir totalmente en el tiempo como en el espacio”.

bre y persona) creando nuevas formas de vida".⁴⁰ Para Gracián el hombre es ante todo un creador y como tal puede transformar la caótica realidad en un lugar transitable, así como también transformar el hecho de vivir en un arte de vivir. De allí que muchos de los aforismos conlleven un imperativo que hay que saber observar, por ejemplo: "saberse atemperar"; "nunca acompañarse con quien le puede deslucir"; "para vivir, dejar vivir"; "saber jugar de la verdad"; "confiar de los amigos hoy como enemigos mañana, y los peores"; "alérenese la calidez de la serpiente con la candidez de la paloma"; "no ser malo de puro bueno", etcétera. Y es aquí donde se desborda cualquier intento por delimitar este arte de vivir, pues, como ya se mencionó anteriormente, Gracián asombra constantemente a su lector. Se ha insistido en la enorme importancia que Gracián le da a la apariencia, asumiéndola como un aspecto que sirve para compensar la imposibilidad de definir el ser a partir de su sustancia. Sin embargo, en varios aforismos encontraremos ideas dispersas que se oponen radicalmente a la idea anterior. Si en un momento Gracián afirma: "Lo que no se ve es como si no fuese. No tiene su veneración la razón misma donde no tiene cara de tal. Son muchos más los engañados que los advertidos, prevalece el engaño y júzganse las cosas por fuera; hay cosas que son muy otras de lo que parecen. La buen exterioridad es la mejor recomendación de la perfección interior".⁴¹ Y no obstante a lo largo de toda su obra aparecerán dispersos aforismos que encierran una idea totalmente contraria a ésta, ejemplo: "Aspire antes a ser heróico que a sólo parecerlo",⁴² o "Los varones cuerdos aspiran antes a ser grandes que a parecerlo".⁴³

Estamos entonces frente a un moralista que, al igual que Montaigne, se resiste a aplicar máximas universales para enseñar al hombre un arte de vivir, sino más bien artes o artimañas para sobrevivir en un siglo donde "se tenga la virtud por extraña y la malicia por corriente"⁴⁴ ya que "pocos pueden hacer bien, y casi todos mal".⁴⁵

Bastaría únicamente agregar un punto más que tienen en común Michel de Montaigne y Baltasar Gracián. Para ambos autores el camino más seguro para conocer la naturaleza humana pasa por la aceptación de la persona tal como es. Así, Montaigne nos dice: "Je ne me mêle pas de dire ce qui'il faut faire au

⁴⁰ L. LANDIN, "Baltasar Gracián: pensador de la vida. El ingenio como argumento de invención y creatividad", en *Documentos A. Genealogía Científica de la Cultura*, núm. 5, p. 5.

⁴¹ B. GRACIÁN, *El oráculo manual...*, p. 188, aforismo 130.

⁴² *Ibid.*, p. 229, aforismo 295.

⁴³ B. GRACIÁN, *El discreto*, p. 133.

⁴⁴ B. GRACIÁN, *El oráculo manual...*, p. 185, aforismo 120.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 220, aforismo 257.

monde mais ce que j'y fais" (Libro I, 28).⁴⁶ El jesuita por su parte afirmará: "nascemos para saber y para sabernos...";⁴⁷ "El primer paso del saber es el saberse";⁴⁸ "No puede uno ser señor de sí si primero no se comprende";⁴⁹ "quien comienza ignorándose, mal podrá conocer las demás cosas... ¿De qué sirve conocerlo todo si así mismo no se conoce?"⁵⁰

Sin embargo, la concepción graciana sobre el conocimiento del mundo parece muy desoladora, pues la naturaleza priva al hombre de conocimiento al nacer restituyéndoselo sólo en la vejez. Así, Gracián dice: "Madrastra se mostró la naturaleza con el hombre, pues lo que le quitó de conocimiento al nacer le restituye al morir".⁵¹ En ambos autores se puede observar un inmenso gusto por la introspección. En el caso de Gracián, adquirido por la práctica de los ejercicios espirituales. En el de Montaigne, asimilado por la vía que abrió para la especulación en este campo la famosa inscripción "Conócete a ti mismo" que se encuentra en el Templo de Delfos. Hugo Friedrich dice que el conocimiento o descripción del hombre en Montaigne no conlleva ningún juicio moral sino simplemente la compilación de datos sobre el comportamiento humano.⁵² Es preciso entonces aplicar una óptica múltiple al estudio del hombre que nos permita cambiar de punto de vista y de juicio constantemente. Así, Montaigne nos dice:

Si je parle diversement de moi, c'est que je me regarde diversement. Toutes les contrariétés s'y trouvent selon quelque tour et en quelque façon. Honteux, insolent; chaste, luxurieux; bavard, taciturne; laborieux, délicat; ingénieux, hébété, chagrin, débonnaire; menteur, véritable; savant, ignorant, et liberal, et avare, et prodigue, tout cela, je le vois en moi aucunement selon que je me vire; et quiconque s'étudie bien attentivement trouve en soi, voire et en son jugement même, cette volubilité et discordance.⁵³

⁴⁶ "No me entrometo en decir lo que hay que hacer en el mundo... sino lo que yo hago en él". Libro I, p. 276.

⁴⁷ B. GRACIÁN, *El oráculo manual...*, p. 213, aforismo 229.

⁴⁸ B. GRACIÁN, *El discreto*, p. 100.

⁴⁹ B. GRACIÁN, *El oráculo manual...*, p. 178, aforismo 89.

⁵⁰ B. GRACIÁN, *El criticón*, I, 9, p. 188.

⁵¹ B. GRACIÁN, *El criticón*, I, 1, p. 66.

⁵² Hugo FRIEDRICH, *Montaigne*, p. 222.

⁵³ M. de MONTAIGNE, *Les Essais*, II, 1, p. 20. Trad.: "Si hablo de manera diferente de mí, es porque me miro de manera diferente, todas las ideas más contradictorias se encuentran en mi alma, en algún modo, conforme a las circunstancias y a las cosas que la impresionan. Avergonzado, insolente; casto, lujurioso; parlanchín, taciturno; trabajador, frágil; ingenioso, torpe; malhumorado, de buen talante; mentiroso, legítimo; sabio, ignorante, y liberal, y avaro y pródigo, todo eso lo veo yo en mí de manera indistinta según a

Gracián, por su parte, en calidad de profesor de moral, conoce perfectamente el valor de la interpretación casuística de los hechos y de los actos de conciencia. Jorge M. Ayala afirma que a partir del Concilio de Trento se implantó en todos los seminarios cursos de “casos de conciencia cuyo objetivo primordial era la regulación de las conciencias”.⁵⁴ Según Ayala esta iniciativa que venía de los jesuitas fue un aporte decisivo, al grado de poder afirmar que son éstos los verdaderos fundadores de la moderna teología moral.

Para concluir, queda señalar que en los tres autores mencionados existe una clara conciencia de que el mundo está hecho de máscaras y que el ser humano debe aprender a utilizarlas según las circunstancias. No en valde Gracián dice: “es gran treta del regir el disimular”⁵⁵ o “el más plático [práctico] saber consiste en disimular; lleva riesgo de perder el que juega a descubierto...”,⁵⁶ o bien: “Andad, y procurad ser de hoy en adelante despierto como el León, prudente como el Elefante, astuto como la Vulpeja, y cauto como el Lobo. Disponed bien los medios, y conseguiréis vuestros intentos; y desengañense todos los mortales, [...] que no hay más dicha ni más desdicha que prudencia o imprudencia”.⁵⁷

Famosa es también la advertencia de Maquiavelo de que llegará a ser el mejor aquel que elija entre los animales la zorra y el león, completando de esta forma la fuerza con el arte del engaño y disimulo, porque sabe que la naturaleza del hombre es ambigua y digna de sospecha. Montaigne, por su parte, aunque de manera más mesurada, expone nitidamente en sus *Ensayos* el enorme abismo que existe entre la teoría y la práctica, entre lo que debe ser y lo que es. Gran parte de la materia que conforma los *Ensayos* se reduce a una meditación sobre esta ruptura. Este último, junto con Gracián, persigue como fin último la realización de la persona; en cambio, Maquiavelo perseguirá la realización del Estado. Sin embargo, en ambos casos se acepta la licitud de la disimulación y la anfibología. Es por esto que los tres fueron el blanco de enormes críticas sólo que en grados diferentes. A Montaigne, Pascal lo acusó de decir necedades; a Gracián se le obligó a permanecer encerrado en su celda, y a Maquiavelo, a quien más se le satanizó, prohibiendo sus obras y quemando su efigie en Baviera, se le juzgó ferozmente, como fue el caso del cardenal Pole, quien declaró que el tratado de *El príncipe* había sido escrito por la mano del diablo.

la dirección a la que me incline y cualquiera que se estudie atentamente encontrará en sí mismo, incluso en su igual juicio, esta volubilidad y discordancia”.

⁵⁴ Jorge M. AYALA, “La formación intelectual de Baltasar Gracián”, en *Documentos A. Genealogía Científica de la Cultura*, núm. 5, p. 33.

⁵⁵ B. GRACIÁN, *El oráculo manual...*, p. 178, aforismo 88.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 179, aforismo 98.

⁵⁷ B. GRACIÁN, *El discreto*, p. 141.

Bibliografía

- AYALA, Jorge M., "La formación intelectual de Baltasar Gracián", en *Documentos A. Genealogía Científica de la Cultura*, núm. 5, febrero de 1993. Barcelona, Anthropos, pp. 14-38.
- BATLLORI, Miguel, *La vida alternante de Baltasar Gracián en la Compañía de Jesús*. Roma, Michele Pisani, 1949.
- CANTARINO, Elena, "Gracián y la moral política: senequismo y tacitismo", en *Documentos A. Genealogía Científica de la Cultura*, núm. 5, febrero de 1993. Barcelona, Anthropos, pp. 193-200.
- DUBOIS, Claude Gilbert, *Le baroque. Profondeurs de l'apparence*. París, Librairie Larousse, 1973.
- FRIEDRICH, Hugo, *Montaigne*. París, Gallimard, 1968.
- GARCÍA CÁRCEL, Ricardo, *Las culturas del Siglo de Oro*. Madrid, Historia 16, 1989.
- GAUTIER-VIGNAL, Louis, *Maquiavelo*. Trad. de Juan José UTRILLA. México, FCE, 1975.
- GRACIÁN, Baltasar, *El criticón*. Ed. de Santos ALONSO. Madrid, Cátedra, 1980.
- GRACIÁN, Baltasar, *El oráculo manual y arte de prudencia*. Edición crítica y comentada por Miguel ROMERA-NAVARRO. Madrid, Jura, 1954.
- GRACIÁN, Baltasar, *Obras completas*. Ed. de Arturo del HOYO. Madrid, Aguilar, 1967.
- GRACIÁN, Baltasar, *Pages Caractéristiques*. Précédées d'une étude critique par André Rouveyre. Traduction originale et notices par Victor Bouillier. París, Mercure de France, 1925.
- HEGER, Klaus, *Baltasar Gracián, estilo y doctrina*. Zaragoza, Institución "Fernando el Católico", 1952.
- JANKELEVICH, Vladimir, *Le je ne sais quoi et le presque rien. La manière et l'ocassion*. París, Seuil, 1980.

- JANKELEVICH, Vladimir, *Le je ne se quoi et le presque rien. La méconnaissance*. París, Seuil, 1980.
- LANDIN, L., "Baltasar Gracián: pensador de la vida. El ingenio como argumento de invención y creatividad", en *Documentos A. Genealogía Científica de la Cultura*, núm. 5, febrero de 1993. Barcelona, Anthropos, pp. 5-8.
- LEBRUN, Jacques, *Nouvelle histoire de l'Eglise, Réforme et Contre-réforme*. París, Seuil, 1987.
- MAQUIAVELO, Nicolás, *El príncipe*. México, Espasa-Calpe, 1983.
- MARAVALL, José Antonio, *La cultura del barroco*. Barcelona, Ariel, 1986.
- MARAVALL, José Antonio, "Maquiavelo y maquiavelismo en España", en *Estudios de historia del pensamiento español. Serie tercera. El siglo del barroco*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1984.
- MONTAIGNE, Michel de, *Les Essais I, II, III*. Ed. de Pierre MICHEL. París, Gallimard, 1965.
- PASCAL, Blaise, *Oeuvres complètes*. Ed. de Louis la FUME. París, Seuil, 1963.
- QUEVEDO, Francisco de, *Obras completas. Prosa*. Ed. de Luis ASTRANA MARÍN. Madrid, Aguilar, 1941.
- QUIRÓS CASADO, Antonio, "Estudio de algunos filosofemas en la obra de Baltasar Gracián", en *Documentos A. Genealogía Científica de la Cultura*, núm. 5, febrero de 1993. Barcelona, Anthropos, pp. 150-162.
- RIVADENEYRA, Pedro de, *Tratado de la religión y virtudes del príncipe cristiano*. Ed. de Vicente de la FUENTE. Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1868.
- SKINNER, Quentin, *Maquiavelo*. Trad. de Manuel BENAVIDES. Madrid, Alianza, 1984.
- WOODROW, Alain, *Les jésuites. Histoire des pouvoirs*. París, Jean-Claude Lattès, 1990.